

gica y pneumatológica que se hace en la introducción. El tema ha sido una auténtica *crux interpretum* para los estudiosos de Hermas. El autor de *El Pastor* habla con frecuencia del Espíritu Santo, pero parece que nunca lo concibe como la Tercera persona de la Trinidad. A partir de esta premisa se pueden entender mejor algunos pasajes, como *Comp.*, V, 5, 2 (58, 2) y V, 6, 5-7 (59, 5-7), en los que el hijo de la parábola es el Espíritu preexistente de Dios, pero que Hermas no entiende como Tercera persona de la Trinidad. «El hecho no debe sorprender —afirma Ayán siguiendo al P. Orbe— especialmente si se tiene en cuenta que la expresión Espíritu Santo en las primeras reflexiones trinitarias no se aplicó exclusivamente a la tercera persona de la Trinidad, sino que, además, y entre otras cosas, podría significar la naturaleza divina del Hijo» (p. 41).

La edición del texto griego nos parece que está bien realizada, así como la traducción castellana. Las notas resultan pertinentes y ilustradoras, tanto para el lector menos versado en estos temas, como para el especialista. Los índices están bien concebidos y facilitan la oportuna consulta. En síntesis, se trata de un buen trabajo que contribuirá en gran medida, a dar a conocer al público de habla hispana de un excelente texto de la apocalíptica cristiana del siglo II.

D. Ramos-Lissón

Gregorio DE NISA, *Vida de Macrina. Elogio de Basilio*, introducción, traducción y notas de Lucas F. Mateo-Seco, Ciudad Nueva («Biblioteca de Patrística», 31), Madrid 1996, 176 pp., 13, 5 x 20, 5.

El prof. Mateo-Seco, Director de nuestra Revista y experto conocedor de

la obra literaria de Gregorio de Nisa, nos ofrece en este volumen la versión castellana de dos escritos del Niseno: la Vida de Macrina y el Elogio de Basilio. «Se trata de dos obras estrechamente relacionadas entre sí por múltiples lazos. Las dos fueron escritas en años muy cercanos entre sí; las dos reflejan la vida de los dos hermanos de Gregorio, que son los que más influyeron en su vida; las dos tienen una acusada intencionalidad espiritual y teológica» (p. 7).

Las palabras citadas abren la extensa y bien cuidada introducción del volumen y sacan a la luz el interés e importancia de esos dos escritos del Padre de la Iglesia. Ciertamente no pueden clasificarse entre las grandes obras del Niseno, pero no por ello son de las menos interesantes, pues nos transmiten no sólo grandes cualidades de la ascesis y de la oratoria del Obispo capadocio, sino también el interés de una doctrina que se hace vida.

La biografía que el Niseno hace de su hermana Macrina no está fundada en la fiabilidad de lo leído u oído a otros, sino en lo vivido dentro de la propia familia. Así, la descripción que puede leerse en esta hagiografía nos revela datos interesantes del estilo de vida de una familia cristiana de mediados del siglo IV. Está escrita con palabras sencillas, sobrias y sin artificios literarios, donde los hechos históricos no son más que medios al servicio de una finalidad bien concreta: la vida cristiana de Macrina como modelo que lleva a Dios.

El otro escrito niseno que nos brinda este volumen tiene como contenido el panegírico que Gregorio pronunció en fecha cercana a la muerte de su hermano san Basilio el Grande, y tiene como finalidad última el agregar a Basilio al número de los santos y colocar su fiesta

precisamente el 1 de enero (p. 29). Se trata de un discurso en el que Gregorio ensalza las cualidades del hermano, comparables a las de otros santos como Abraham, Moisés, Samuel, san Juan Bautista o el mismo san Pablo. Particularmente significativa es la comparación de Basilio con Moisés: éste es educado en las ciencias egipcias y en la sabiduría israelita; Basilio es perfecto conocedor de las verdades cristianas y con una amplia formación profana. De esta manera se presenta la educación ideal para todos los cristianos.

Como es habitual en los libros de esta colección, las últimas páginas del volumen nos transmiten los índices bíblico, de nombre y de materias, que siempre son de utilidad.

Se trata de una obra que refleja aspectos de la teología, de la literatura y de la historia del cristianismo, en una época que no estuvo exenta de graves dificultades. Por ello, pensamos que puede ser útil para los investigadores de esas especialidades. También aprovechará su lectura a todo el que se encuentre deseoso de acudir a las verdaderas fuentes del genuino cristianismo.

M. Merino

Dormición de la Virgen. Relatos de la tradición copta, Introducción, traducción y notas de Gonzalo Aranda Pérez, ed. Ciudad Nueva/Fundación San Justino («Apócrifos cristianos», 2), Madrid 1995, 328 pp., 13, 5 x 20, 5.

La colección «Apócrifos cristianos», patrocinada por la editorial madrileña junto con la Fundación San Justino nos ofrecen en este segundo volumen la traducción castellana de distintos escritos

ortodoxos, de carácter popular, que nacieron en la primitiva comunidad cristiana de Egipto. Tienen como núcleo convergente el término *koimesis* (dormición), que era utilizado en la Iglesia oriental, para designar el misterio del final de la Virgen María. Dicho misterio se celebra en aquella Iglesia el día 15 de agosto, por mandato del Emperador Mauricio (582-602). Se trata del último dogma solemnemente definido para toda Iglesia universal por el Papa Pío XII el 1 de noviembre de 1950.

Como muy bien señalaba el prof. Aranda en la Introducción «la definición pontificia no precisa si María murió como todos los hombres o si su cuerpo llegó a participar de la gloria de Cristo resucitado sin pasar por la muerte. Cuando en la Iglesia hablamos de la dormición de la Virgen podemos entender ambas cosas: el sueño como sinónimo de la muerte, o simplemente, el tránsito de su cuerpo de este mundo al glorioso» (p. 15). La definición solemne no se detiene en este punto concreto, afirmando simplemente que «cumplido el curso de su vida terrena, fue llevada en cuerpo y alma a la gloria del cielo». Así, como es bien sabido, los estudiosos encuentran soluciones convenientes para considerar la dormición como sinónimo de muerte y también como simple tránsito, sin muerte, del cuerpo de María santísima de este mundo al cielo. Lo que sin duda está definido dogmáticamente es que el cuerpo de la Virgen, junto con su alma, participa ya de la gloria de la resurrección de Cristo.

También en la antigüedad cristiana preocupó la dormición de la Virgen, no como un aspecto importante de la doctrina de la Gran Iglesia, sino como una pincelada más dentro del cuadro de la piedad y devoción de aquellos primeros